

que á todos nos afligen? Pues ellos son obra exclusiva de la malicia humana, y del uso depravado de esta libertad que Dios concedió al hombre. La fé y la razon misma nos persuaden de que tales males no vienen ni pueden venir de Dios; pero la fé y aun la experiencia tambien nos enseñan que, así como el pecado de nuestros primeros padres, por el que envolvieron en la miseria y desgracia á todos sus descendientes, dió ocasion á la sabiduría é infinita misericordia de Dios, de hallar el medio no solo de satisfacer su justicia y reparar al hombre, sino de ennoblecerlo, ensalzarlo y glorificarlo, de manera que donde abundó el delito, como decia San Pablo, sobrepujó la gracia; [1] á ese modo, la misma infinita sabiduría é inagotable misericordia de Dios, hace servir los males y desórdenes del mundo moral, ó bien al castigo y escarmiento de los pueblos, ó al desengaño de los extraviados, ó á la manifestacion de su bondad para con los que le temen y guardan su ley; pues todo, absolutamente todo, contribuye al bien de estos, como nos asegura el mismo Apóstol. (2)

¿Y qué podrá decirse de las quejas y murmuraciones que en lo particular suelen hacerse neciamente contra la Providencia? Yo bien sé que muchos sufren: ah! y demasiado cierto es que los sufrimientos son la herencia y patrimonio con que todos venimos al

(1) Rom. V. 20.

(2) Rom. VII. 28.

mundo. El hombre, decia Job, nace para el trabajo y el dolor, como el ave nace para volar: su vida sobre la tierra es una guerra continua; y sus dias son como los de un infeliz jornalero, que los pasa en la pena y en el trabajo. [1] Tambien es cierto que algunos sufren incomparablemente mas que otros; y son, por lo mismo, acreedores á mayores auxilios y consuelos; pero ¿por qué acusar de esto á la Providencia? ¿por qué se quiere que ella solo consista en librarnos de todos estos trabajos? “Dios no me oye, suele decir alguno: pobreza, enfermedades, pesares, cuidados de familia; todo ha venido sobre mí: no tengo la menor esperanza ni el mas leve consuelo: ¿en dónde está la Providencia divina?..... Quizá entonces estará mas cercana y cuidará más del que así se queja y murmura. Mas prescindiendo de esto, yo no puedo menos de hacerlos en el particular estas dos reflexiones: ¿No es verdad que muchas veces nos empeñamos en seguir un camino del que la Providencia nos señalaba? Nuestra ambicion y codicia, ó nuestra inconstancia y ligereza suelen hacernos salir de la esfera ó situacion en que la Providencia nos habia colocado: y en tal caso, ¿qué podemos hallar en nuestro camino, sino contrariedades y desventuras? Quejarnos por esto de la Providencia, es lo mismo que pretender que Dios condescienda con nuestros caprichos. De

[1] Job. V. 7. VII 1.

III

nosotros mismos deberiamos quejarnos, pues nuestra ha sido la culpa, y corregir el hierro, volviendo por el camino que habiamos abandonado. Sucede, además, frecuentemente, que cuando sufrimos, solo fijamos nuestra atencion en los que sufren menos, ó en los que nos parece que nada sufren; y no nos comparamos con los que sufren más. “La enfermedad me mortifica, exclama algun otro, la pobreza me estrecha: ¿por qué la Providencia me tiene en este estado? ¿por qué no quiere darme lo que concede á tantos otros?” “Pues mira, le diria yo, cuántos y cuántos infelices se hallan completamente en la miseria, y no tienen ni aun un escaso pan que llevar á la boca: mira esa porcion de ciegos, liciados, impedidos del todo para el trabajo, y sin contar con nadie que los cuide y socorra. ¿No debias en vez de quejarte, dar gracias á Dios de que no te ha reducido á tal extremo?” Y en verdad, que si fuéramos á preguntar á muchos de los que están en la última miseria, quizá y sin quizá, encontraríamos á algunos, que llenos de una cristiana resignacion nos dijeran, lo que todos debiamos repetir con Job: “Si de la mano de Dios recibimos los bienes, por qué no recibirémos tambien los males?” [1] Sí, justísimo es que nos humillemos todos bajo esa mano poderosísima y sapientísima, que reparte los bienes y los males, segun conviene á sus criaturas.

(1) Job. II. 10.

Levantemos ahora nuestra consideracion á lo que este asunto tiene de mas grato y apacible. ¿Sabeis quién es Aquel, bajo cuya omnipotente mano nos advierte San Pedro que nos humillemos? Pues El es nuestro Padre, y el mejor y más benigno de todos los padres. *Tam pater nemo, tam pius nemo*, como decia uno de los mas antiguos doctores de la Iglesia. (2) Ninguno tan padre, ninguno tan amoroso y clemente como Dios. De esa piadosa mano dependemos: en ella están depositados nuestros intereses y nuestras esperanzas, nuestro bienestar y nuestra dicha. ¿Podrémos temer su pérdida? ¿No deberémos, por el contrario, tener la mayor confianza, ya sea por lo presente ó por lo futuro? “Si alguno de vosotros, decia Nuestro Señor Jesucristo á sus Apóstoles, pidiera á su padre pan, ¿le daria una piedra? ¿Y si le pidiera un pez, le daria por ventura una serpiente?..... Pues si vosotros, siendo pecadores y llenos de defectos, sabeis dar buenos dones á vuestros hijos; ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos, dará los verdaderos bienes á quien se los pida?” (3)

Si el remedio de nuestros males y el logro de los bienes que deseamos para la vida presente y mucho más para la futura, estuviesen á disposi-

(2) Tertulian. de poenit. cap. 8.

(3) Matth. VII. 9. 10. 11. Luc. 10. 11. 13.

cion y en manos de los hombres, ¡oh cuán justa seria nuestra desconfianza y cuán fundados nuestros temores! El fraude, la mala fé, la envidia, la venganza, la misma incertidumbre y vicisitudes de los acontecimientos humanos, frustrarian nuestras esperanzas y harian qué lo perdiéramos todo. Aun cuando de nosotros mismos dependieran y estuviesen en nuestro arbitrio tales cosas, no por eso estaríamos mas seguros de ellas; pues nuestra propia ignorancia y debilidad harian frecuentemente que en vez de remediar, acrescentásemos nuestros males; y lejos de hacernos dichosos, procurásemos, sin advertirlo, nuestra infelicidad y desventura. Pero en manos y al arbitrio de un Dios que es autor de todos los bienes, que es infinitamente sabio y poderoso, que no se muda jamás porque es eterno, que nos ama como Padre, y quiere y desea nuestro bien más que nosotros mismos, no hay lugar á desconfianza ninguna, nada puede faltarnos, todo lo tenemos seguro.

Ved aquí, por qué el Santo Rey David, que en uno de sus salmos decia: "Nosotros somos el pueblo de Dios, y ovejas de su rebaño," [1] dice tambien en otro: "El Señor es el pastor que me guia y dirige: nada me faltará. Él me ha colocado en un lugar ameno y abundante, me ha criado y mantenido junto á una agua que me refrigera y fortalece; y me ha llevado por las

[1] Ps. XCIV. 7.

sendas derechas de su santa ley, por puro amor y bondad suya. Así es que, aunque caminase yo por medio de las sombras de la muerte, no temeré mal alguno, porque El está conmigo..... su misericordia me seguirá todos los dias de mi vida, y hará que yo repose con El eternamente" [2] Ved aquí, por último, por qué el mismo Hijo de Dios nos dice á todos: "No os afaneis por el alimento que ha de sustentar vuestra vida, ni por el vestido que ha de cubrir vuestro cuerpo. ¿Por ventura la vida no es, mas que el alimento, y el cuerpo mas que el vestido? Aquel, pues, que os ha dado y os conserva la vida, cuidará con mas razon de su alimento; y el que os dió el cuerpo, os dará con qué cubrirlo. No os inquieteis por el dia de mañana; porque el dia de mañana cuidará de sí mismo. Bástale al dia su propio afan. (3)"

¿No es verdad que todo esto debe llenarnos de confianza, y persuadirnos á arrojar en el seno de Dios todos nuestros cuidados y solicitudes? El es nuestro Criador y nuestro Padre; su mano poderosa nos conserva y gobierna; y su palabra nos asegura que si somos fieles á su santa ley, nos hará felices en esta vida y en la otra.

Así SEA.

[2] Ps. XXII.

[2] Matth. VI. 25. 34.

Por la redaccion, traducciones é inserciones, N. Parga.

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Responsable,--N. Parga.

Imp. de N. Parga.

TOM. 2.

Guadalajara, Octubre 22 de 1879.

NUM 44.

SECCION II.

Disciplina particular de la Diócesis.

CARTA PASTORAL

QUE

EL ILLMO. SR. ARZOBISPO

DE GUADALAJARA,

Dr. D. Pedro Espinosa,

dirige al clero

de su Diócesis, con motivo de las segundas conferencias diocesanas, celebradas en la Iglesia de la Soledad de esta ciudad en Enero de 1866.

(Continúa.)

Tendrán presente los párrocos lo que tan repetidas veces ha mandado la Santa Sede, sobre que *cuatro veces al año, en Adviento y Cuaresma*, exhorten á los fieles á dar alguna limosna para subvenir á las necesidades que sufren en Tierra Santa los religiosos encargados de la guarda y reparacion de aquellos templos y conventos; necesidades que cada dia son más apremiantes y que nunca pueden ver con indiferencia los católicos. Y por

último, en reparacion de los ultrajes y blasfemias que diariamente se pronuncian contra el Santo nombre de Dios, exhortamos á todos los venerables párrocos, y les rogamos por la Sangre preciosa de N. S. Jesucristo, que al concluir la Misa parroquial, recen con todo el pueblo las siguientes alabanzas, por las que el Sumo Pontífice Pio VII concedió un año de indulgencia cada vez que se digan:

Bendito sea Dios.

Bendito sea su Santo Nombre.

Bendito sea Jesucristo, Dios y Hombre verdadero.

Bendito sea el Santo Nombre de Jesus.

Bendito sea Jesus en el Santísimo Sacramento del Altar.

Bendita sea María Santísima, Madre de Dios.

Bendita sea su Santa é Inmaculada Concepcion.

Bendito sea el nombre de María Virgen y Madre.

Bendito sea Dios en sus Angeles y en sus Santos.!

¿Qué menos puede hacer el católico